

## EL AMIGO DEL TÍO ANTOLINO

La paz de la tarde caía sobre el campo.

Desde el sitio donde me hallaba, podía oír los golpes de un hacha al caer sobre el tronco.

Es el tío Antolino, —pensé—, y en busca del anciano me fui.

En el centro del vasto potrero se encontraba tendido el grueso tronco del roble que el tío Antolino reducía a astillas. Durante todo el verano lo había visto allí acostado, interrumpiendo la monotonía del extenso prado. Ya lo habían despojado de sus ramas y tenía su quietud algo que apenaba profundamente.

En las tardes, los tijos se posaban en hileras sobre él y desgarraban la tranquilidad de aquellos campos con su charla. No sé por qué me parecía que los negros pajarillos se burlaban del noble cadáver sobre el que detenían el vuelo, y yo corría hacia ellos para que huyesen.

Sobre el fondo luminoso del cielo se destacaba la pequeña silueta del tío Antolino, del dulce anciano que yo amaba tanto, y cuyo corazón era tierno y sencillo como el de un niño.

—Buenas tardes, tío Antolino, dije acomodándome en el otro extremo del tronco.

—Buenas se las dé Dios, niña —contestó quitándose el viejo sombrero de fieltro y dejando al descubierto su cabeza, aquella amable cabeza que siempre deseaba tomar entre mis manos y besarla llena de ternura. El viento jugaba con sus largos cabellos blancos. Apoyó sus manos en el mango del hacha, y quedóse pensativo. En su habitual sonrisa había un toque de tristeza.

—Está Ud. triste, tío Antolino? —le pregunté.

—No, me contestó, pero su mirada se perdió entre los campos, con esa expresión que tienen los ojos cuando el pensamiento vuela hacia el país del recuerdo.

El hilo plateado de la luna nueva y la estrella de la tarde brillaban tímidamente hacia el ocaso, todavía iluminado por una luz que se sentía como si fuese de seda. Y del hilo plateado de la luna nueva y del temblor de la estrella de la tarde, descendía un encanto infinito.

Después de un rato el tío Antolino habló: Este árbol, este roble que un huracán arrancó en el último invierno, era más viejo que mi padre . . . mucho más . . . tal vez más viejo que mi abuelo. El vio crecer a mi padre y a sus hermanos. El también nos vio crecer a mis hermanos y a mí. Como la quebrada corre cerca del lugar donde estaba, mi madre venía a lavar bajo él. Cuando éramos muy chiquillos nos íbamos a acompañarla y bajo su sombra jugábamos. Para el más pequeño, ella colgaba de las ramas una hamaca y allí lo acostaba. Me parece verla cantando con su voz querida, para que Antonio se durmiera:

**Arrurrú niñito  
que tengo que hacer,  
lavar tus pañales  
sentarme a coser.**

Y el viento movía las ramas y Antonio se dormía creyendo que eran los brazos de mamita quienes lo mecían.

Aquí veníamos también en las tardes a jugar, mientras ella nos cuidaba sentada en el corredor de la casa . . . allí, mire Ud. entonces era como ahora. Mamita desgranaba el maíz y hermana Silvia le ayudaba.

Hermana Silvia! Qué linda era! Rubia como unas melcochas y con la cara fresca y rosada. Cuando reía se le hacían unos camanances que lo hacían a uno también sentir ganas de reír. No había más hija mujer que ella pero hacía por cuatro. No se estaba nunca quieta: parecía un gorrioncito. Cantaba desde que Dios amanecía. Yo traje para ella de la montaña un venadito vivo y una chirrascuá. Cuando íbamos al monte, me decía: Antolino traeme parásitas. Cuidado con la cuenta si no me traes una guaria blanca! Pero nunca pude conseguir una mata . . . !

Silvia murió muy jovencita. Qué triste quedó la casa!

Pues bien, mi hermana Silvia y mi madre desgranaban maíz: tío Félix tocaba en su acordeón y tatica pilaba café, bajo aquel palito de murta. Yo, mi hermano Félix chiquillo y Antonio, nos veníamos a jugar en el roble. Subíamos a sus ramas con la misma confianza que a las rodillas del abuelo cuando éramos muy pequeños. Entre las ramas jugábamos escondido en las noches de luna. Por cada agujero que dejaban las hojas se colaba un rayo y nosotros, al verlos tan largos, blancos y brillantes, cantábamos a gritos para que el eco respondiera: "son las canas de la vieja luna".

En los veranos se cubría de flores rosadas. Me habría gustado que lo hubiera visto, niña. Se ponía tan alegre con su vestido rosado que no se podía creer tuviese tantos años! Cuánto cantaban entonces los jilgueros entre sus ramas y qué contenta se ponía Silvia! Quería mucho a los jilgueros, seguro porque eran cantadores como ella. Mi padre al verla así, decía riendo: —Miren el coqueto, parece una muchacha! — Por las mañanitas veníamos a cogerle ramos de flores rosadas y con ellas hacíamos coronas que colocábamos en las cabezas de Silvia y de las vacas. Había una ternerilla la cual siempre que la adornábamos así, se iba a dar saltos por el potrero.

Y el tío Antolino rió, como si viera todavía en el prado la gentil figura de su hermana Silvia y la juguetona de la ternerilla, con sus cabezas coronadas con las flores encendidas del roble.

El viejecillo continuó con voz triste:

—Bajo su sombra descansaban los bueyes y los carreteros fatigados... El silencio volvió a reinar en torno nuestro. En la hondonada el río se alejaba lleno de murmullos. La voz se levantó de nuevo, dolorosa y apagada:

—El abuelo, la madre, tatica, hermana Silvia, tío Felix y Félix chiquillo murieron hace años. Sólo quedábamos el roble, Antonio y yo... pero él también murió y ahora estoy haciendo astillas su tronco. Creo que hago mal, niña. A cada golpe de hacha, me parece que me dice: —"Ay Antolino! Con que sos vos, quien me maltrata? Te olvidás de que era hermano de tu abuelo y amigo de tu padre? Ellos me amaban...? Y vos? —Seguro no recordás que cuando aun no gateabas, Juana María te colgaba de mis ramas y yo te mecía tan cuidadosamente como si fuera tu madre? Eres un mal viejo, Antolino".



Ya ni los bueyes, ni la esposa de Antonio, ni sus chiquillos, podrán librarse del sol bajo sus ramas, y los cansados carretos en vano buscarán su sombra protectora. Los jilgueros que tanto amaba Silvia han ido a anidar en otros árboles. Ya nunca más cuando vuelva por la cuesta veré sus ramas altas hacerme señas amistosas y nunca más por las tardes, cuando nos sentemos en el corredor de la casilla, miraremos su figura familiar, inclinarse hacia acá, cuando sople el viento de la montaña. Los chiquillos de Antonio no tendrán sus ramas para jugar y no podrán cantar como nosotros, cuando veíamos los rayos de la luna meterse por los agujeros: "Son las canas de la vieja luna".

La voz del tío Antolino era temblorosa. Había apoyado sus manos en el mango del hacha que descansaba en el tronco y tenía la cabeza inclinada hacia su viejo amigo. La brisa jugaba cariñosamente con las largas y blancas quedejas de su cabello. Sobre el cielo de un celeste verdoso comenzaban a brillar las estrellas, con el mismo temblor con que lucen muy de mañanita, las gotas de rocío sobre la hierba de los prados. Por entre la inquietud de la tarde, la música mística de las campanas iba dejando una estela de melancolía. Los árboles casi inmóviles tenían una apariencia solemne: dijérase que oraban, ungidos por la dulce paz que caía del cielo estrellado y en la cual las campanas de la tarde ponían su nota melancólica que a mí se me antojaba parecida a la que la luna deja caer sobre los campos.

Yo pienso que si pudiésemos oír la música de la luz de la luna, nos parecería muy semejante a la música de las campanas de la tarde.

Yo tenía lágrimas en los ojos y a través de ellas creía ver que de cada estrella salía un hilo de luz que venía flotando hasta la tierra.

En mi delantal recogí un montón de las astillas del roble y las llevé a la casa. Ellas fueron las que en esa noche alimentaron el fuego del hogar. Mientras cenábamos y las llamas se agitaban silenciosamente, amigablemente, yo observaba al tío Antolino, sentado en su rincón favorito. Como siempre, sonreía, pero su sonrisa era dolorosa. El fuego ponía oro en sus cabellos blancos. Qué suavemente pasaban los reflejos de las llamas sobre su frente: dijérase que la acariciaban!

Yo vi cómo sus ojos no se separaban de las llamas que consumían el tronco de su viejo amigo!

Y cuántas dulces añoranzas le sugerían aquellas llamas azuladas que se agitaban silenciosamente, amigablemente sobre los leños!

De los cantos de la madre cuando el viento mecía la cuna improvisada entre las robustas ramas; de la linda hermana Silvia con sus rubios cabellos coronados de flores rosadas y que le sonreía a través de los tiempos con sus camanances graciosos en las mejillas; del buen padre, del tío Félix y la música suave de su acordeón y de su hermano Félix chiquillo, tan travieso y tan molesto, pero también tan amado!

1936

421